

mejor que ahora?... ¿No vale más empezar desde este año? « Es que no me atrevo; tengo miedo, tengo tan penosas confesiones que hacer... ¿Qué pensaría de mí mi confesor? » NÓ, carísimos hermanos míos, no digáis esto. ¿Qué gran vergüenza puede haber en abrir vuestro corazón al ministro del Señor, obligado al más riguroso secreto (esta mañana lo decíamos) y sujeto él mismo á la ley común?... Y ¿qué ireis á decirle que él no sepa ya? que vuestra alma, azotada por las pasiones, no siempre las ha sabido resistir? Ireis á comunicarle la noticia más agradable para su corazón de sacerdote, á saber, que una oveja desde largo tiempo extraviada, vuelve al redil, y que, ayudándola á romper sus cadenas va á dar una gran alegría al cielo, á devolver la paz á un hermano y á ganar él mismo una preciosa corona (1). ¿Qué pensará?... Pensará, que Dios os ama y que os quiere salvar. No bien hayáis acabado de confesar vuestras faltas, las habrá él olvidado ya, para no acordarse más que de las bondades y misericordias del Señor. Curará vuestras llagas, os animará, os volverá á poner dulcemente en el camino del cielo, y unirá sus oraciones á las vuestras, á fin de que Dios os conceda la gracia de la perseverancia... ;Así sea!

(1) Conf. Martinet, *Science de la vie*.

INSTRUCCION OCTAVA

MIÉRCOLES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA (en la oración de la noche.)

Necesidad que tienen todos de convertirse.

TEXTO. — *Convertimini... filii hominum; quoniam... tamquam dies hesternæ quæ præterit... anni eorum erunt*; Convertíos, hijos de los hombres; porque vuestros años serán como el día de ayer que pasó ya.

(SALM. LXXXIX, 3, 4 y 5).

EXORDIO. — Se nos habla con frecuencia, hermanos míos muy amados, de conversión, de la necesidad de convertirnos. Convertíos á mí, dice el Señor por boca de su profeta, *é yo me convertiré á vosotros* (1). *Si vosotros no os convertís á mí*, decía nuestro Señor Jesucristo, á los que le rodeaban, *no tendreis parte en la vida eterna* (2). ¿Qué es pues esta conversión que tanto se nos recomienda y sobre la cual se insiste de un modo muy especial en este tiempo de Cuaresma?... Escuchad... Convertirse es pasar de una vida mala ó cuando menos de una vida que no es bastante cristiana, á otra vida más conforme con la voluntad de Dios... ¿Convertirse?... Es también, si se quiere, pasar de una vida buena ya á otra vida mejor y más ferviente: en una palabra, convertirse es volver hácia Dios, dirigirse más ardientemente hácia él... Una comparación os hará comprender bien mi pensamiento. Suponed que todos nosotros tenemos que marchar en una misma dirección, hácia un mismo fin; pero los unos se van por el lado opuesto, y los otros dan largos rodeos, en lugar de encaminarse directamente al término fijado. ¿No es verdad que, para alcanzar este fin, para llegar

(1) Zac., I, 3.

(2) Mat., XVIII, 3.

á este término, tendran necesidad todos de cambiar de dirección, de volverse hácia dicho fin, de marchar en aquel sentido? Pues bien, hermanos míos, convertirse es una cosa por el estilo. Dios, la felicidad del cielo son, como hemos dicho, el fin, el término á que deben dirigirse nuestros pensamientos, nuestros votos, todos nuestros esfuerzos. Ahí es donde debe terminar para nosotros ese viaje que se llama la vida... Y decidme, ¿no hay muchos que, en vez de ir hácia el fin, le vuelven la espalda?... ¿No marchan en línea recta hácia un paraje que no es el cielo?... Para estos, convertirse es dar media vuelta y seguir un camino opuesto al que tomaron. Hay otros que prueban de dar algunos pasos hácia aquel fin, pero que se dejan desviar con frecuencia; marchan decantándose, sus pasos no se dirigen bastante francamente, con bastante rapidez hácia él... Para estos, convertirse es orientarse mejor en la vida, es redoblar su ardor y energía en la senda del bien.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Es tan raro amar á Dios de todo corazón y hacer todo lo que se puede para salvarse, que se puede decir con verdad, que todos nosotros tenemos necesidad de convertirnos. *En primer lugar*, los pecadores han de salir del estado del pecado; *en segundo lugar*, aquellos mismos que creen ser justos han de esforzarse en llegar á ser mejores.

Primera parte. — Hablemos ante todo de los pecadores, de esos que no se confiesan, ó que se hallan en estado de pecado mortal... Es evidente que éstos tienen necesidad de convertirse. Ellos mismos lo confiesan en el fondo de su corazón; porque, en suma, por apático que uno sea, por indiferente que uno parezca, por poco afanoso que uno se muestre de su salvación eterna, siempre hay que, cuando uno ha sido educado por una madre cristiana, cuando se ha hecho una buena primera comunión, como la mayor parte de los que me oyen, hay ciertos momentos en que la fé recobra su dominio.. Ya puede uno tratar de aturdirse y apoyarse en el ejemplo de la mayoría; la conciencia, sí, la conciencia no se calla; grita, y á veces muy récio... Vamos á ver; tú, hermano mio muy amado, que asistes con bastante regularidad á los divinos oficios, que rezas tus oraciones, que has conservado un resto de tus costumbres cristianas; bajemos juntos á tu corazón y estudiemos tus pensamientos... Eres un hombre de bien, tus manos jamás se han man-

chado con los bienes ajenos; no has promovido pleito alguno injusto á tu prójimo; jamás has atacado ni su honor ni su reputación; no reniegas de la religión, ni eres un impío; tú rezas, tú veneras el día del Señor, tú no gustas de pronunciar palabras impuras; contento con la compañera con quien Dios te ha unido, jamás has dirigido codiciosas miradas á la hija de tu amigo, ni tendido lazos á la virtud de su mujer; es decir, en otros términos, que no eres un ladrón, ni un calumniador, ni un impío, ni un adúltero (1)...

¡ Qué lástima que el Señor pida otra cosa de tí!... ¡ Qué lástima que haya diez mandamientos de la ley de Dios, seguidos de los cinco mandamientos de la Iglesia y de los siete pecados capitales por evitar!... Sin esto, ¡ cómo se abrían de par en par las puertas del cielo para recibirte!.. Pero, mi querido hermano, eres cristiano; estás bastante enterado de las verdades de nuestra santa religión y sabes bien que todas estas cualidades, por lo demás muy estimables, no bastan para salvarte... Tu conciencia te lo dice bien alto. Estás tan poco seguro de hallarte en estado de gracia, tan poco tranquilo, tan poco satisfecho con todas estas buenas cualidades, que no quisieras morir en el estado en que te encuentras... Y cuando, hablando en nombre de Dios, te digo que tienes todavía algo que hacer para ser buen cristiano, que, fuera de esos enormes vicios, queda una prolongada lista de pecados graves, de que tal vez no estás exento, que tendrías necesidad de una buena confesión, ¿no hay en tí algo que contesta muy por lo bajo: « Es verdad, el predicador tiene razón; nó, yo no quisiera morir en el estado en que me encuentro, y sin haberme confesado? » — De modo que tú, carísimo hermano, reconoces que tienes necesidad de convertirte... ¡ Ah! esta voz que habla en vuestro interior, es la voz de Dios; es la gracia de Nuestro Señor Jesucristo que os invita. ¡ Nó, yo os lo suplico, no endurezcáis vuestro corazón?...

Segunda parte. — Mas parece, mis muy queridos hermanos, parece al

(1) ¡ Cuán difícil es desarrollar estas ideas ante un auditorio de aldea sin repetirse!... Leo detenidamente al P. Lejeune, á san Leonardo... y á otros más modernos... ¡ Ninguno ha podido evitar este inconveniente!...

primer golpe de vista que nosotros, los que cumplimos el precepto pascual, los que sobre todo tenemos la dicha de comulgar varias veces al año, no tenemos necesidad alguna de conversión... Es un error; todos nosotros la necesitamos. Por de pronto ¿no hay entre nosotros quienes se forman una idea falsa, incompleta de los sacramentos; quienes se confiesan como por costumbre, sin exámen, sin pesar, sin contrición, sin tomar buenas ni firmes resoluciones?... ¿No hay quienes comulgan casi sin preparación, sin gusto, sin fervor?... ¿Sabemos cómo juzga Dios semejante negligencia?... ¿Sabemos hasta qué punto nos alcanzan el perdón de nuestras faltas semejantes confesiones?... ¿No tenemos razón en dudar de su bondad?... ¿No hemos empleado también á veces el disimulo?... ¿No guardaríamos allí, en lo más hondo de nuestra conciencia, y esto tal vez desde larga fecha, alguna llaga asquerosa y oculta?... ¿Cuántas razones, carísimos hermanos, que deben, no digo entristecernos y desanimarnos, sinó inducirnos á volver á Dios, á convertirnos, á acercarnos á los sacramentos, á lo menos este año, con todo el fervor de que somos capaces!...

Pero sea; admitamos por un momento que somos justos y santos; que Dios, que encuentra manchas en el sol, no vea nada en nuestra alma que le pueda desagradar... ¡Ah! todavía tendríamos necesidad de convertirnos; porque al fin, nuestra pobre voluntad es tan débil, tan vacilante... ¿Estamos acaso seguros de nuestra perseverancia?... ¿Os ha prometido Dios que no caeréis jamás?... Hubo un príncipe, un rey sábio entre todos, que se llamaba Salomón. Hijo del santo rey David; formado por sus lecciones, había heredado la virtud de su padre; Dios mismo se había dignado derramar sobre él su espíritu de luz y de sabiduría... Durante veinte años fué un modelo de justicia, de equidad y de todas las virtudes; había hecho construir el templo de Jerusalén; el Señor se le había aparecido más de una vez. ¡Pues bien!... este príncipe tan sábio, tan poderoso, colmado de tantas gracias, que, en su juventud, había sido fiel á Dios, se hizo hereje é impúdico en su vejez!... Yo no soy francmasón... ¡Contad, después de semejante ejemplo, contad con vuestra perseverancia!... ¡Ah! carísimos hermanos, contemos únicamente con la gracia de Dios, y esforcémosnos en merecerla convirtiéndonos, redoblando nuestro fervor y nuestro celo!...

Por último, vosotros los que os creéis justos y que pensáis no tener necesidad de convertirnos, ¿no habéis experimentado jamás ese desfallecimiento, esa displicencia, ese aburrimiento, esas tibiezas que se experimentan algunas veces en el camino de la salvación?... ¿No habéis tenido más de una vez caídas de esas imprevistas, repentinas?... ¡Ay! hermanos míos muy amados, es tan rápida esa pendiente que nos conduce al mal; experimentamos en nosotros tantas repugnancias para el bien, que tenemos necesidad de una vigilancia continua, de un fervor siempre creciente, para no retroceder en la senda del bien... Como un caballo indolente y sin ardor que necesita continuamente el látigo para avanzar, y que se detiene en cuanto se deja de aguijonearle; así también nuestro corazón, nuestro espíritu, nuestras facultades necesitan ser continuamente activadas y excitadas, para que no pierdan de vista el fin hácia el cual marchamos, y para no detenernos en medio del camino que á él lleva. Y por lo tanto, por justos que seamos, tenemos necesidad de convertirnos también, de hacer esfuerzos para conservar, para acrecentar las buenas disposiciones que la gracia de Dios ha puesto en nuestra alma...

PERORACIÓN. — Todos pues, hermanos míos muy amados, justos ó pecadores, debemos en este santo tiempo trabajar para nuestra conversión, ocuparnos del gran negocio de nuestra salvación... Pecadores, volvamos á Dios, salgamos del estado de culpa; dejemos, dejemos la funesta senda del mal... Justos, hacéos más justos todavía, purificad vuestras intenciones, haced penitencia por vuestras faltas pasadas, trabajad para adquirir las virtudes que os faltan... Todos, justos y pecadores, volvamos á Dios de todo corazón. « Convertíos á mí, dice, y yo me convertiré á vosotros. Esforzáos en servirme, y yo por mi parte ayudaré y bendeciré estos esfuerzos. »

¡Oh Dios mio!... Ved ahí unos días de gracia y salvación que nos concedéis vos todavía; queremos aprovecharlos, á vuestros piés formamos esta firme resolución... Mas para esto necesitamos vuestra ayuda; en vano es que el hombre se fatigue, si no bendecís vos su trabajo; en vano es que lllore y gima el pobre pecador, si vos no admitís sus lágrimas.... Sin vuestro auxilio, las buenas resoluciones y los deseos saludables desaparecen como esos resplandores inciertos, que brillan un momento en medio de las

tinieblas de la noche... En vano es que el predicador instruya é ilumine; sin vuestro auxilio la verdad se desliza por encima de los corazones endurecidos, encima de las almas distraídas.... En vano es que siembre y riegue; solo vos, Señor, haceis germinar los buenos pensamientos, y les haceis producir frutos... ¡Dios mio, Dios mio, en nombre de vuestro amadísimo Hijo, que murió por nosotros en la cruz, dignaos concedernos á todos las gracias que necesitamos para prepararnos santamente para la comunión pascual. Inspirad al que predica palabras fuertes, de esas que van á avivar la fé en los corazones, á alarmar las conciencias adormidas y á despertar saludables remordimientos... Dad á los que escuchan un corazón recto, un alma sencilla, una viva inteligencia de las cosas de la fé... Haced que experimenten un vivo deseo de ir al Cielo, que tiemblen al ver el infierno abierto bajo sus piés; que teman vuestros juicios, que esperen en vuestra misericordia infinita... Dios mio, Dios de clemencia y de bondad, vos no quereis la muerte del pecador, antes bien quereis que se convierta y viva... Ahí nos teneis, infelices pecadores, que os pedimos la gracia de la conversión, á fin de que vivamos para amaros, serviros y celebrar para siempre vuestra misericordia... ¡Así sea!

INSTRUCCION NOVENA.

DOMINGO DE PASIÓN (en la oración de la noche.)

No se piensa bastante en la muerte; este pensamiento sería saludable.

TEXTO. — *O Mors, quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis.* ¡Oh Muerte, cuán amarga es tu memoria para aquellos que viven en el seno de la abundancia!

(ECLES., XLI, 1)

EXORDIO. — Reasumamos esta noche en pocas palabras, hermanos míos, las verdades de que os he hablado durante esta Cuaresma.. ¿Qué es el hombre?... Un sér compuesto de cuerpo y alma, parecido por su cuerpo á los animales, pero por su alma inmortal, hermano de los ángeles y llevando en sí un glorioso parecido con Dios. Sale de las manos de su Criador para efectuar ese viaje que se llama la vida; hácia él es hácia quien debe volver, si ha hecho buen uso del tiempo que se le ha dado... Colocados por el sacramento del bautismo en el camino que debe conducirnos al Cielo, si desgraciadamente, como con mucha frecuencia sucede, lo llegamos á dejar, os he dicho el amoroso afán con que Jesucristo nos busca, y la inefable misericordia con que nos proporciona los medios de volver á entrar en la verdadera senda... Os he mostrado en la Confesión un medio fácil de recobrar el buen camino... Hermanos míos, no hemos hecho más que delinear las condiciones que ha de tener la confesión para ser buena. No ignorais que ha de ser precedida por el exámen y de un verdadero pesar de nuestras faltas. Sabeis que es menester que sea sincera, hecha con la más completa buena fé; que ha de ir acompañada de buenas resoluciones, del deseo formal de huir de las ocasiones, y de una reparación eficaz, es decir generosa y real, de los daños que hayamos causado al prójimo, tanto en su honor, como en sus bienes... Hemos visto que todos nosotros